

TEATRO CUBANO

Mucho antes de que se inaugurase en La Habana el primer teatro construido en la Isla de Cuba, ya el público de la capital había tenido oportunidad de disfrutar de las representaciones teatrales, afición ésta que hubo de heredar de aquellos antepasados procedentes de España donde, como es de sobra conocido, el arte dramático fué siempre cultivado con amoroso empeño y cuyas producciones rivalizaban con las mejores de los países más adelantados del Viejo Mundo.

Imposible resulta señalar la fecha exacta en que los habaneros acudieron a presencia una de dichas manifestaciones artísticas, aunque presumible es que las primeras hayan consistido en los llamados *autos sacramentales*, piezas breves y sencillas, siempre de carácter religioso, que era costumbre representar en los atrios de los templos, durante alguna de las más populares conmemoraciones de la Iglesia, y que estuvieron muy en boga en España precisamente durante la época en que se verificó el descubrimiento de América.

Cuenta una crónica, sobre cuya autenticidad existen fundados motivos de duda que, durante el gobierno de don Juan Maldonado Barnuevo, es decir, en las postrimerías del siglo XVI y comienzos del XVII, se efectuó en La Habana la representación de una comedia titulada *Los buenos en el cielo y los malos en el suelo*. Un tal Hernando de la Parra dicese es el autor de semejante aseveración, pero, repetimos, hoy se duda de que hayan existido lo mismo dicho Hernando que la citada comedia, de la que no se conocen otros datos que su título.

De lo que sí hay constancia es que con anterioridad a la fecha de la mencionada pieza teatral —la noche de San Juan de 1598—, el Cabildo de La Habana abonó, en distintas ocasiones, determinadas sumas de dinero para sufragar los gastos ocasionados por "danzas, invenciones y juegos con motivo de festividades religiosas", que antes de ser exhibidos públicamente solían ser mostrados al Obispo para que éste les otorgase su aprobación y de ese modo tener la seguridad de que el espectáculo reuniría todas aquellas condiciones de moralidad y orden, es decir, digno de ser contemplado y escuchado por ojos y oídos de católicos y cristianos.

Innecesario creemos añadir que de tales danzas, invenciones y juegos no se ha conservado ni siquiera el nombre y que, probablemente, sólo eran llevados a escena, pudiéramos decir, en determinada solemnidad o día, para luego ser relegados al olvido, prueba ésta de sus escasos méritos. Eran a modo de esas piecitas que todavía hoy suelen escribirse y representarse, sobre todo cuando un colegio celebra el acto de graduación de sus alumnos o se conmemora alguna fiesta de carácter patriótico, religioso o social.

A través de todo el siglo XVII y gran parte del XVIII el teatro en Cuba no registró alteraciones notables, así como tampoco subieron a escena obras dramáticas de relevantes merecimientos literarios, representándose, si acaso, alguna de aquellas piezas que en los escenarios de la Península obtenían mayor éxito. Uno de los motivos que impedía el progreso del arte dramático lo constituía, sin duda, la carencia de



NIO
TAL
DOR

locales apropiados para las representaciones teatrales propiamente dichas.

El primer teatro construido en La Habana, y en este caso La Habana significa toda Cuba, lo fué el llamado Coliseo, situado contiguo a la Alameda de Paula, en la pequeña manzana de terreno limitada por las calles de Acosta, Oficios, Luz y el mencionado paseo, al cual daba frente. Deseoso el obispo de La Habana, Santiago José de Hechavarría, recién nombrado para dicho alto cargo, de dar término a la Casa de Recogidas cuya fabricación había iniciado en 1746 el gobernador Juan Antonio Tineo, accedió a las sugerencias del Marqués de la Torre, decidiendo, con la cooperación del cuerpo municipal y los vecinos pudientes de la capital, emprender la construcción de un coliseo que luego pasaría a ser propiedad de la institución antes nombrada.

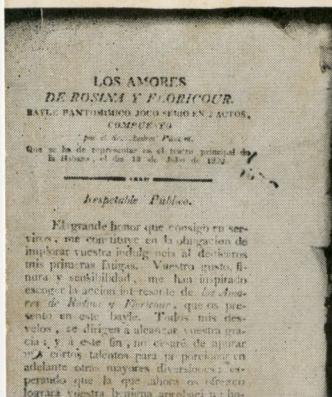
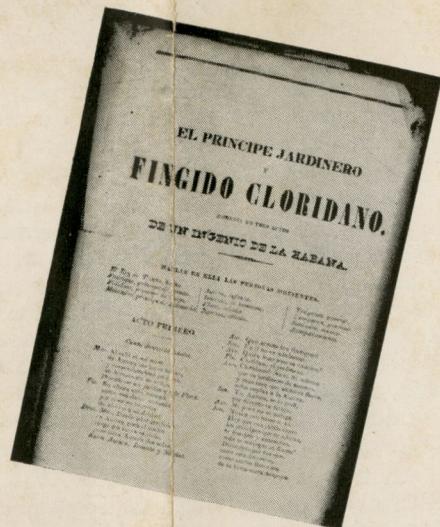
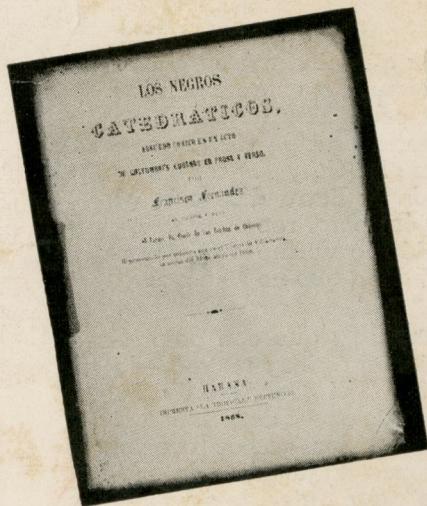
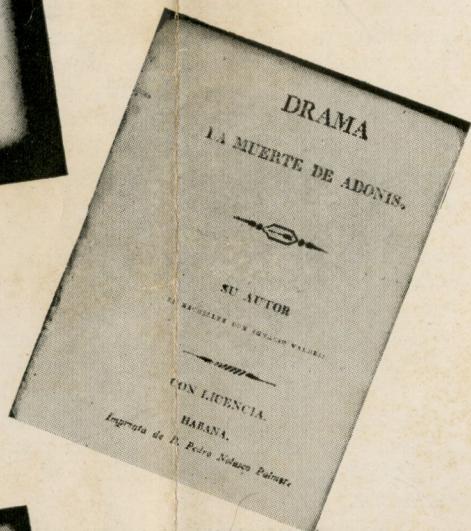
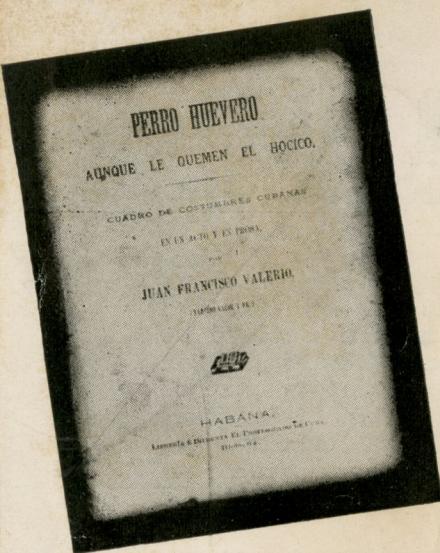
Hasta entonces las obras teatrales venían representándose en casas particulares, especialmente en una situada en el Callejón de Jústiz, junto a la Plaza de Armas, corriendo el desempeño de los personajes de las respectivas obras a cargo de aficionados. Por lo general estas funciones terminaban con una tonadilla, pieza corta y ligera que solía cantar la "estrella" del conjunto dramático, agregándose a veces la ejecución de una jácara coreada por todos los actores y por el público.

Terminada la edificación del Coliseo por el arquitecto habanero Antonio Fernández Trevejos, el día 18 de mayo de 1776 le fué entregado el teatro a Don Luis Peñalver, director de la Casa de Recogidas, para que con sus productos contribuyera al sostenimiento del benéfico establecimiento que regentaba. El Coliseo era "de arquitectura majestuosa, y aunque lo interior era de madera, estaba bien pintado y con buenas decoraciones", afirmando don José María de la Torre que en su época fué "el más hermoso y bello teatro de la monarquía".

Tres lustros después de su inauguración fué objeto el Coliseo de algunas ligeras reformas que en nada alteraron su aspecto exterior, destacándose entre los edificios aledaños a la bahía por su elevada techumbre, semejante al casco de una gran embarcación vueltos al revés. Y en 1792, después de haber sido objeto de una extensa reparación, costada por el Ayuntamiento, abrió de nuevo sus puertas, pero ahora bajo el nombre de *Teatro Principal*, del cual dijo el viajero francés Etienne Michel Masse que "era muy superior a todos los de los Estados Unidos, tanto por su edificio como por la excelente distribución de su interior y la calidad de sus actores y músicos".

Mientras el Coliseo permaneció cerrado debido a las reparaciones que en el mismo se verificaban, continuaron las representaciones en un teatrillo erigido al final de la calle de Jesús María, y del cual dijo Buenaventura Pascual Ferrer que era "una choza harto indecente". Y al finalizar el siglo, en 1800, comenzó sus funciones el Circo-Teatro levantado en el antiguo Campo de Marte, hoy Plaza de la Fraternidad, sito entonces en las afueras del recinto amurallado.

A juicio del autor que acabamos de citar, este nuevo coliseo dejaba mucho que desear. "Las paredes, decía Ferrer, son de tablas podridas e indecentes, la figura de su área es las tres cuartas partes de un círculo, la gradería de tablones que en cargando un poco de gente amenazan ruina, las salidas no son más que dos, y tan estrechas que en caso de un tropel de fuego perecerán todos primero que ganar la calle, la disposición de los asientos es de tal modo por no desperdiciar el terreno, que no puede usted menearse del sitio que ocupa sin incomodar a todo el género humano"...



En el Viejo Palacio de los Capitanes Generale



Con motivo de las grandes fiestas celebradas en nuestra capital, el 20 de mayo último, fiestas que revistieron inusitada solemnidad y alegría, ya por la misma fecha gloriosa que se conmemoraba, ya por coincidir también en ella la inauguración del monumento al inmortal Maceo, nos ha parecido oportuno ofrecer en este número, no sólo las fotografías de los acendrados e ilustres moradores de nuestro Palacio, sino también este interesante grupo sacado en la antigua residencia de los Capitanes Generales, en otra época, felizmente muy distinta a la actual, pero en la que la sociedad cubana de antaño, noble y distinguida siempre brillaba en salones y paseos como hubieran podido hacerlo las de las rancias cortes de Europa.

Y entonces como ahora, nuestras mujeres, bellas, delicadas, elegantes y con esa gracia y distinción jamás igualada por el asombro y admiración de cuantos extranjeros visitaban los salones habaneros.

Y en el Palacio de la Plaza de Armas solían reunirse, frecuentemente invitadas por el representante de la metrópoli, esas chas damas, que aun figuran hoy en nuestro mundo elegante.

Con la guerra y las desgracias que en los últimos años cayeron sobre la Isla, iban siendo menos frecuentes estas recepciones, de las que también procuraban apartarse muchas familias que simpatizaban con la causa revolucionaria.

Pero lograba romper a veces este alejamiento toda obra de carácter benéfico.

Esta fotografía así lo demuestra. Fué hecha por la Casa Cohner, en una de las galerías de Palacio, como recuerdo de un carrousel celebrado en 1892, durante el mando del General Camilo Polavieja.

Las señoras y señoritas que aparecen en el grupo son las madrinan de la caritativa fiesta, presididas por la esposa del Capitán General, Sra. Concepción Castrillo de Polavieja.

Sentadas, de izquierda a derecha: Srtas. Elena Herrera y Montalvo, María Carrillo y García, Lizzy Kohly y O'Reilly, María Francisca O'Reilly y Pedroso, Josefina Herrera y Montalvo.

De pie, izquierda a derecha: Srtas. Mercedes O'Reilly y Pedroso y Mercedes Romero y León, Sr. Manuel O'Reilly y F. Apodaca, Sra. Concepción Castrillo de Polavieja, Srtas. María Luisa Soto Navarro y Morales y Juana del Valle y

Fot. de Cohner, cedida amablemente a SOCIAL por el Sr. Manuel Ecañ

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



El "Teatro Principal" se encontraba en el extremo de la Alameda de Paula, en el lugar que hoy ocupa el Hotel Luz, conocido antiguamente con el nombre de San Pedro de Molinillo, porque conducía al molino de tabaco que había en la esquina de Luz, cuyo nombre lo tomó del portugués Don Antonio de la Luz y Do-Cabo, que compró dicho molino y construyó después el Muelle de Luz. Este coliseo se terminó de construir en 1776 y fué entregado al Sr. Luis Peñalver que representaba al Marqués de la Torre. En la Guía de Forasteros de 1780 aparece este edificio con un valor de 42.258 pesos y 4 reales fuertes. Fué destruido totalmente por el terrible ciclón que azotó La Habana el 11 de octubre de 1846.

Pese a tan deplorables condiciones, el Circo-Teatro del Campo de Marte era un lugar de recreo constantemente concurrido y fué sobre su escenario donde hizo su primera aparición ante el público habanero Francisco Covarrubias, el más popular y aplaudido de los actores de su época, autor además de numerosas piezas y sainetes, entre los cuales son dignos de mención "El peón de tierra adentro", "La valla de gallos", "La feria de Carraguao", "Los velorios de la Habana" y "El tío Bartolo y la tía Catana", títulos todos que atestiguan su prosapia genuinamente criolla.

Fué también a fines del siglo XVII cuando subió a escena "la primera obra dramática con que realmente cuenta la literatura cubana", al decir de José Juan Arrom, el más entendido de los intelectuales de nuestra tierra en estos asuntos. Nos estamos refiriendo a "El Príncipe de Guevara", cuyo autor sabemos que fué el célebre dramaturgo cubano, don Juan de los Rios.

Capacho, como por espacio de largos años creyó la mayoría de la gente.

Al decir del doctor Juan J. Remos, indiscutible autoridad en asuntos literarios, la obra de Pita "tiene momentos de fluidez que acusan una pluma maestra", recordando a las mejores piezas del teatro clásico español de la época. Una obra, en fin, interesante, de acción movida y de versificación por lo general fácil y agradable. Durante la última década del siglo XVIII las representaciones de El Príncipe jardinero y finjido Cloridano alternaron, con las de las más aplaudidas producciones de Moreto, Calderón de la Barca, Guevara y Rojas Zorrilla.

A partir de ser inaugurado el teatro de La Habana, los

NOTICIAS PARTICULARES DE LA HAVANA.

La semana pasada han entrado en este Puerto las embarcaciones siguientes.

De la Nueva-Orleans Balandra la favorecida, su Capitan D. Juan Lamun-
dia, ha traído cortés de caja. — Item Fragata Sta. Catalina, su Maestre D.
Santiago Carik, su carga la misma. — De la Florida Balandra Sta. Rosalia,
su Maestre D. Domingo Martinelli, ha traído mantequilla, papas, y cebollas.
Item Balandra la Esperanza, su Maestre D. Vicente Landerol, ha traído
duelas y resinas. — De Cuba Goleta Sta. Ana, su Maestre D. Antonio Do-
rado, ha traído tabaco del Rey, y 4 negros bozales. — De Cartagena-Go-
leta la Soledad, su Capitan D. Antonio Roye, ha traído 3500 pesos.

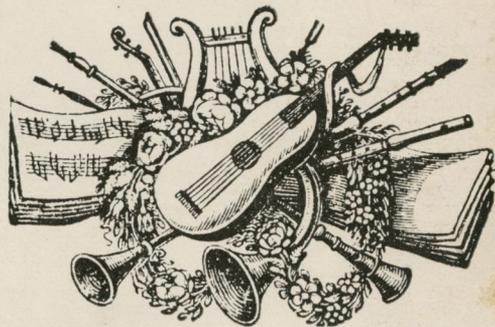
Teatros. Hoy se representa la Comedia *Afectos de Odio y Amor*, en el
primer intermedio el entremes *El Soldadillo*, y en el segundo se cantará una
Tonadilla á duo. El Lunes no hay Comedia por estar preparando el Teatro
para el día 4. En este que lo es de N. C. M. el Sr. D. Carlos IV. Q. D. G.
habrá iluminacion completa, se representará la famosa Comedia titulada
Christoval Colon, y se verán dos mutaciones nuevas ideadas por el Autor de
este Coliseo: en el primer intermedio se cantarán unas seguidillas nuevas
con flautas obligadas, y despues se tocará un concierto de violon obligado:
en el segundo intermedio se cantará una tonadilla á tres voces, y acabada
esta se tocará otro concierto de flauta obligada por D. Miguel Labusier.

Para el Martes en la tarde se capearán en el Corral del Matadero unos
novillos de malísimo genio, y habra tambien otras diversiones. Para el Mi-
ércoles en la noche vispera del solemne dia de N. A. M. Q. D. G. habra en
el mismo sitio unos Fuegos Artificiales de mucho gusto: un Navio y una Fra-
gata haran fuego á dos Castillos, y el combate comenzará á la oracion en
punto. Para el dia de S. Carlos se capearán unos novillos muy guapos, los
NOVILLEROS pondran una merienda en la plaza, y la Mona
se presentará adornada con sus mejores galas.

Mr. Dufrené la Couture, Doctor de Medicina en Paris ha tenido la
honra de presentar al Rey de Francia y á su Real Familia una obra titu-
lada *Ensayo sobre la caña dulce, y medios de extraer el azucar, con va-
rias memorias sobre este fruto, el vino ó aguardiente de cañas, el añil, y so-
bre los habitantes y estado actual de la Isla de Santo Domingo.*

Si fueren á vender en casa de algun platero un cubierto de plata, sirvase
retenerle y avisarlo á esta Imprenta.

Con licencia del superior Gobierno.



Este anuncio apareció en el N° 45 del "Diario Liberal y de Variedades de la Habana" página 186 de fecha 18 de diciembre de 1820, y ya gozaba de gran fama el famoso actor Fco. Covarrubias.

dada cuenta del gran número de artistas que había en la capital, decidió transformar el edificio que había construido tres años antes para diorama, en salón adecuado para celebrar en él representaciones escénicas. Este coliseo, *El Diorama*, estaba en la calle de Industria, casi esquina a la de San José, o sea próximo al lugar donde en la actualidad se halla el cine-teatro *Campoamor*.

Esta relativa abundancia de teatros revela el creciente interés de los habaneros por el arte dramático, lo cual indujo a Francisco Martí a erigir un vasto y elegante coliseo al que puso por nombre *Tacón* en honor del gobernador español que regía entonces los destinos de Cuba. El viejo *Tacón*, remozado varias veces, es el mismo que hoy, bajo el nombre de *Nacional*, se levanta frente al Parque Central de La Habana, en la esquina de las calles Paseo de Martí y San Rafael, formando parte del majestuoso edificio propiedad del Centro Gallego.

En la construcción de este teatro intervinieron Antonio Mayo, que tuvo a su cargo todo lo correspondiente a la albañilería, y Miguel Nin y Pons, que corrió con lo tocante a la carpintería. Producto de ambos maestros lo fué el coliseo que durante más de un siglo figuró entre los mejores y más lujosos del mundo, sobresaliendo también por sus inigualables condiciones acústicas, y sobre cuya escena han desfilado los más afamados cantantes y los más insignes actores dramáticos no sólo españoles sino también franceses e italianos, para quienes la actuación en tan prestigioso escenario constituyó siempre un timbre de legítima gloria.

Reseñar aquí la existencia del teatro *Tacón* —hoy *Nacional*—, sería tarea de nunca acabar. Baste con decir que en él fué coronada Gertrudis Gómez de Avellaneda y que las

capacidad para cerca de dos mil trescientos espectadores acomodados en 6 grills, 64 palcos, 552 lunetas, 112 butacas, 601 asientos de tertulia y 602 de cazuela, pudiendo además situarse unas 750 personas detrás de los palcos.

El violento huracán que en el otoño de 1846 azotó La Habana dejó en tan malas condiciones al teatro *Principal* que fué preciso clausurarlo, no volviendo a abrir sus puertas. Y ese mismo año desapareció también *El Diorama*. Esta carencia de teatros hizo que Miguel Nin y Pons se determinase a edificar en el barrio de La Punta —en el mismo sitio donde ahora se encuentra la fábrica de tabacos La Corona, a un costado del Palacio Presidencial—, el *Teatro del Circo* o *Circo Habanero*, inaugurado el 12 de febrero de 1847, y que poco después comenzó a llamarse *Teatro de Villanueva*.

La brevedad de este trabajo nos impide extendernos en prolijos detalles acerca del teatro en Cuba y, con especialidad, en su capital, La Habana. Sin embargo, ello no obsta para que digamos que fué sin duda el *Teatro de Villanueva* el "más intimamente ligado a la vida teatral cubana y aun a la misma historia política" durante la época en que las representaciones se sucedían en su escenario, es decir, entre los años 1847 y 1869, período que al par que registra el auge y el declive de la literatura dramática en nuestro país señala también el inicio de la prolongada contienda que habría de finalizar, treinta años más tarde, al lograr Cuba su independencia.

Fueron los escenarios de *Tacón* y *Villanueva* testigos de los triunfos de los más renombrados autores de aquellos tiempos. Las obras de la Avellaneda, Fornaris, Luaces y Milanés junto a las de otros escritores sino tan importantes no

ciones y todavía, en el presente, enseñan y deleitan a los amantes de la buena literatura.

Conjuntamente con los autores citados figuraron otros, consagrados a un género distinto pero de carácter más popular, en extremo festivo y retrato fiel de muchas de las costumbres de días ya idos. Dignos, pues, son de mención Francisco Fernández, creador de "Los negros catedráticos", una de las piezas más cómicas que mayor número de representaciones ha tenido en toda Cuba; Bartolomé José Crespo y Borbón, quien bajo el seudónimo de Creto Gangá pintó magistralmente la vida del negro de nación, y tantos otros que alegraron con sus chistes y tramas la vida de nuestros abuelos.

Al hablar de esta época del teatro cubano imposible resulta silenciar la actuación de los "Bufos Habaneros". Herederos de la tradición artística de Covarrubias, mantuvieron vivo el amor del público por el sainete criollo y la típica guaracha, facilitando a no pocos autores la expresión, más o menos disimulada, de sus simpatías por la causa separatista. Bueno y oportuno es recordar a este respecto, que fué sobre el escenario del Teatro de Villanueva donde, la noche del 22 de enero de 1869, durante la representación de "Perro huevero", de Juan Francisco Valerio, se lanzó el grito de ¡Muera España! que dió origen al bárbaro atropello de los Voluntarios, asesinando indefensas mujeres, hombres y niños, y causante de inevitables y profundas repercusiones políticas de fatal resultado para la Metrópoli.

Por espacio de varios años imperó, en casi todos los teatros de La Habana, el llamado género bufo, del cual fueron intérpretes máximos Torrecillas y Salas, excelentes actores gracias a cuya labor escénica lograron ser aplaudidas numerosas obras. Autores como Ignacio Sarachaga, Eduardo Meireles y Olayo Díaz González no descansan ofreciendo noche tras noche multitud de efímeras piezas que, aunque desprovistas en su mayoría de méritos literarios, rebosan de esa clase de gracia irónica que hace las delicias del pueblo. Andando los tiempo este género decae, transformándose, para poder hacer frente a la zarzuela española, que comienza a adquirir popularidad en Cuba, en ese otro tipo de teatro, apicarado y en ocasiones rayano en la pornografía, que invade primero los escenarios de Cervantes —situado en San José y Consulado— y Torrecillas, para continuar luego en los de Alambra y Lara, teatros construídos durante los años que mediaron de 1878 a 1890.

Pese, no obstante, a este predominio del teatro atrevido y populachero, otros autores lograron componer dramas y comedias de mayores empeños, sobresaliendo Aniceto Valdivia —Conde Kostia—, cuyo drama "La ley suprema", de tendencias sociales, mereció elogios de la crítica; Alfredo Torroella, que estrena en México "El mulato", en que valientemente aboga por el abolicionismo; José de Armas y Cárde-

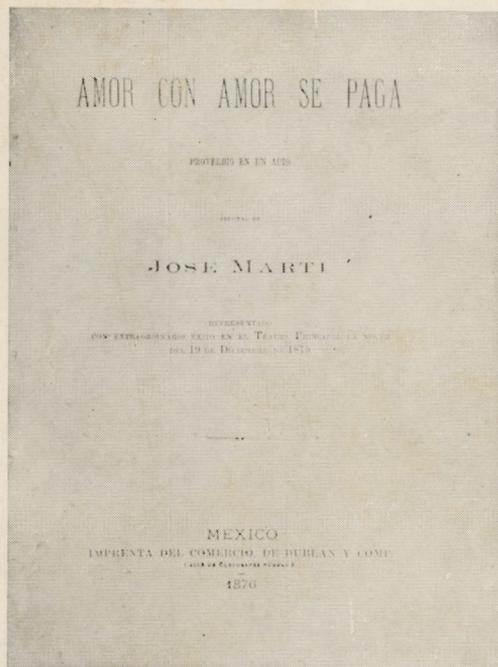
nas, quien en "Los triunfadores" muestra las influencias del entonces moderno teatro naturalista francés junto con un perfecto dominio del idioma y de las situaciones dramática; Augusto Madán y García entre cuya copiosa producción descuella "El anillo de Fernando IV", drama histórico de clásica factura; mereciendo también especial mención José Martí, que en "Adúltera" y el proverbio "Amor con amor se paga", obras desprovistas de grandes artificios, nos revela una faceta más de su genio vigoroso y original.

Las dos postreras décadas del siglo XIX señalan conjuntamente con un a modo de estancamiento de la producción dramática de altos vuelos, el auge de ese género a que antes hubimos de hacer mención, es decir, el integrado por los centenares de piezas estrenadas en Alhambra y Lara, donde sus respectivos autores —Federico Villoch, Joaquín y Gustavo Robreño, Antonio Medina, Laureano del Monte, Manuel Mellado y cien más—, se valen de "la mulata", "el gallego", "el negrito", "el chino" y "el guapo" —típicos personajes de tales piezas—, para discurrir acerca de asuntos de palpitante actualidad o combinar tramas ingeniosas.

Con este teatro, que algunos han dado en llamar "cubano", alterna en esos tiempos la zarzuela española y el "género chico" de igual procedencia, espectáculo muy favorecido por el elemento peninsular. Y para satisfacer la afición de los espectadores surgen en La Habana nuevos teatros, tales como el que primeramente se denominó *Lersundi* para ser nombrado poco más tarde *Albisu* y posteriormente *Campoamor*, desaparecido al ocurrir el incendio del viejo edificio que cobijaba dicho coliseo y a dos asociaciones españolas —la de "Dependientes del Comercio" y el "Centro Asturiano de La Habana".

Inmediato al que acabamos de mencionar se levanta igualmente por esta época, el *Payret*, propiedad de un catalán tan emprendedor como poco afortunado; y no lejos, en la esquina de Dragones y Zulueta, abre sus puertas el *Teatro-Circo Jané*, convertido hoy en un templo bautista, y frente al cual se alza el teatro *Irijoa*, que años más tarde recibe el nombre de Martí.

No podríamos terminar esta relación sin mencionar algunos nombres que alcanzaron notoriedad y fama: Pablo Pildain, Paulino Acosta, excelente actor de la raza negra, magistral intérprete de "Otelo"; Luisa Martínez Casado recorrió triunfalmente los países de habla española; Gustavo Robreño, que todavía vive — y el Cielo permita que sea por largos años— fué un actor genérico de excepcionales facultades. Ellos, al par que otros muchos, han prestigiado con su arte la escena patria, y sus nombres son tan dignos de ser recordados como los de aquellos que con su talento han dado gloria a la literatura dramática en Cuba.



Esta obra de Martí fué representada con extraordinario éxito en el Teatro Principal de México, la noche del 19 de diciembre de 1875.